

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars  
y su fiel escudero Flor de Truhanes”

**II - FLOR DE TRUHANES DEL CAIRO**

13 – ¡*Fiqis!* ¡En pelotas!

Edición y traducción: Esmeralda de Luis



سيرة المظاهر ببيروت

## *Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”*



# II - Flor de Truhanes del Cairo

## 13 – ¡Fiqis! ¡En pelotas!

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
 esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
 Fecha de Publicación: 28-07-2017  
 Número de páginas: 9  
 I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
**Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)**



### **Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## 13 – ¡Fígís! ¡En pelotas, ya!

En el episodio anterior, dejamos a Flor de Truhanes y a Baïbars dentro del hammam, en donde Otmân consiguió montar una auténtica desbandada, tras su enfado con el patrón del baño y uno de los clientes. Luego se retiraron al palacio de Naÿm el-Dîn...



Cuando llegaron al palacio de Naÿm El-Dîn, ya hacía tiempo que había amanecido.

- Ven, Otmân, vámonos al zoco –dijo Baïbars.

- ¿Aónde quiés ir, soldao?

- A ver a un buen hermano mío. Hace dos o tres días que no he estado en su casa, y le echo de menos.

- ¡Cojonúo, otro hermanao! Así que a más de mi prenda ¿tú tiés otro hermano?

- Pues sí, y también hice con él un pacto ante Dios.

- ¡Por el Profeta! No pienso ir contigo si no me largas quién es; si es un tío bueno y honesto como yo, entonces vale; tos somos hermanos ante Dios; pero si es un cobarde, ¡te juro que lo estrangulo y le reviento un ojo allí mismo!

- Pero vamos a ver, Otmân –repuso Baïbars-. Tú me conoces, ¿tú crees que yo haría amistad con un *boch boghaz*<sup>1</sup>? Si es amigo mío, tiene que ser a la fuerza un *mord*<sup>2</sup> de buena familia, un muchacho valiente y viril.

- ¡Vale, bueno! Eso es to lo que yo quería saber, amigo, y ¿quién es tu hermano?

- Se llama Karîm El-Dîn, y es el hijo del cadí Yahya Ibn El-Shammâ<sup>3</sup>.

- ¡Ah, sí, soldao! Le conozco yo a ese cadí; es un tío de los de turbante, con una marca en la frente. Es un buen colega mío, y su hijo es un auténtico valiente. Eh, amigo, pero esos sólo son piojosería y compañía; ese tipo sólo vende jugo de regaliz. Antes yo le cobraba una mordía. De tos modos es un hombre de coraje, y mu piadoso. Bueno, pues marchando, vamos a su casa.

Baïbars se llevó a Otmân con él y se fueron. Cuando llegaron a una esquina que desembocaba en la entrada al zoco, Otmân se detuvo y dijo:

<sup>1</sup> En turco viene a ser algo así como “afeminado”.

<sup>2</sup> En turco-persa: “hombre”.

<sup>3</sup> Ver “Las infancias de Baïbars”.

- Soldao, escucha un poco, vamos a ver, por el Profeta.
- ¿Qué pasa?
- Ve tú delante y entra en su casa; yo me aguanto aquí y voy contigo más tarde. Seguro que va a hacerte un montón de preguntas, como que... “¿aónde estabas? hace dos o tres días que no has venido”. Y tú vas y le respondes: “Me fui a contratar un escudero”. Entonces, él va y te pregunta: “¿Y quién es?”. Y tú le contestas: “El *osta* Otmân”. Pues en ese momento presta mucha atención a lo que te responda. Si él te dice: “Mu bien”, yo lo voy a oír; pero si responde: “¡Ah, bestia asquerosa!”; me llevo de un brinco ¡y le arreo en toa la jeta!
- No, Otmân, ni se te ocurra tener una agarrada con él, ni hacerle una de las tuyas. Es mi padre adoptivo y entre nosotros tenemos un pacto de Dios.
- ¡Bueno, amigo, si eso es así, sólo me divertiré un poco con él!
- Entonces, todo arreglado –respondió Baïbars, que le dejó a Otmân en la esquina, entró en el zoco y se dirigió hacia la tienda del cadí Yahya.
- La paz sea contigo, padre mío –le dijo Baïbars al cadí Yahya.
- Y que contigo también sea la paz. Bienvenido seas, soldado, mil veces te saludamos, noble señor, ¡tu llegada es una bendición para este lugar!

Asimismo, Karîm el-Dîn también corrió a saludarle y darle la bienvenida.

Baïbars tenía en la tienda del cadí Yahya un confortable rincón preparado sólo para él, con una colchoneta y una alfombra; nadie más que él podía sentarse allí. Y allí se fue a sentar Baïbars.

- Te hemos echado mucho de menos –le dijo el cadí.
- Pues es que he estado ocupado. ¿Siguen viniendo los *fiqis*<sup>1</sup>?
- Por supuesto, todos los días vienen a beber, y cada vez que vienen le doy una moneda de oro al sheij Toqetîq y otra al sheij Taqtâq.
- Eso está bien –respondió Baïbars.

Mientras conversaba de este modo con el cadí Yahya, llegaron los *fiqis*, bajo el cayado del sheij Toqetîq. Saludaron a Baïbars:

---

<sup>1</sup> Recordemos que se trata de una banda de diez *fiqis*, con los que Baïbars trabó conocimiento a su llegada al Cairo, y que viven desde entonces, más o menos a sus espensas. Ver “Las infancias de Baïbars”.

- ¡Mañanita luminosa, soldado –dijeron-. Ya empezábamos a inquietarnos al no verte. ¡En fin, Dios sea loado, ya comprobamos que te encuentras bien!

- Es gracias a vuestras plegarias.

- ¡Que el Señor te recompense, que colme todos tus deseos y te proporcione cuanto anhele tu corazón. Ojalá y que te haga prosperar y te otorgue la gloria! Soldado, ¡tú nos caes muy bien!

- Y vosotros a mí también –respondió Baibars, que hizo que les dieran de beber gratis, y luego le dio una moneda de oro al sheij Toqetíq, y otra al sheij Taqtáq. Recitaron la *Fâtiha*, se despidieron de Baibars y se marcharon.

Mientras tanto, Otmân se había colocado a la entrada del zoco, justo a la vuelta de la esquina. Cuando llegó el primero de los *fiqis*, le oyó que decía:

- ¡Qué joven tan encantador! Ojalá que Dios se lo devuelva con creces, le otorgue cuanto su corazón desee, y le permita visitar la tumba del Profeta. ¡Por Dios, que se ha mostrado generoso con nosotros!

Y mientras decía esto, dio la vuelta a la esquina. Otmân, que se había quitado el velo de la cara, le cortó el camino y le agarró del brazo.

- ¡Piedad, Otmân, por el honor del Profeta! –gritó el *fiqi*.

- No tengas miedo, amigo, sólo voy a preguntarte una cosa: ¿aónde estabas?

- En donde el cadí Yahya.

- ¿Y qué hacías allí? ¿*Rejuntando letras*<sup>1</sup> por el alma de los fiambres?

- No, Otmân, sólo estuve bebiendo un vaso de jugo de regaliz.

- Y ese vaso, ¿lo has pagao?

- No, por Dios, Otmân, lo he bebido a expensas del soldado.

- ¿Sólo hoy?

- No, desde hace tiempo.

- Xactamente ¿cuánto?

El *fiqi* se lo estuvo pensando un momento y acabó diciéndole:

---

<sup>1</sup> Otmân quería decir: “recitando el Corán”. Cada vez que Otmân dice *rejuntando letras*, se refiere a “leer”, o a “escribir”.

- Creo que unos sesenta días.
- Vale, viejo, eso hacen justo sesenta *paras*<sup>1</sup>. ¡Vete soltando la pasta!
- ¡Otmân, te lo suplico, no llevo ni un céntimo encima!
- ¡Cierra el pico, chupón, y afloja! ¿Pero tú t'as creído que la tienda es de tu padre? ¡Vienes a diario aquí a beber a costa el soldao, hasta que un buen día se encuentre con que no tié ni un céntimo y entonces me toque a mí mantenerlo, eh, cabroncete! Y entonces yo tendré que vender a mi madre la Gorda, o a nuestro esclavo Farag, o hasta nuestra gran casa. ¡Venga, suelta las moneas, viejo!
- Por el Secreto de la Dama, no llevo encima sesenta *paras*, ni siquiera uno solo.
- Pues entonces, desnúdate, amigo. ¡Vamos, quítate la ropa!
- ¡Pero qué dices! ¡Cómo quieres que me quite la ropa!
- No te preocupes, colega, la ropa se quedará en mi casa como garantía. Cuando tengas la pasta, me la traes al palacio de Abu Bunduq, y yo te devuelvo la ropa.

El otro hizo ademán de resistirse.

- ¡Vamos, en pelotas! –le gritó Otmân-. La vida vale más que la muerte, y el dinero es pa'l rescate los cuerpos.

Otmân le despojó de sus vestidos, al igual que al segundo *fíqi*, luego al tercero, y así hasta el octavo.

En eso andaba Otmân, cuando llegaron el sheij Toqetíq, y el sheij Taqtáq. Otmân, que les conocía bien, escuchó cómo el primero le decía al segundo:

- Hermano, ¡qué gallardo muchacho es este soldado! ¡Qué generoso! Ojalá que el Señor le otorgue larga vida, tanto como él nos ayuda a nosotros, y ojalá que le haga quedarse en El Cairo por mucho tiempo.
- Por el Secreto de la Hassibeh –respondió el otro-, bien se lo merece. ¡Se está gastando un montón de dinero con nosotros! ¡Todos los días una moneda de oro!, ¡es como para arruinar a un rey!

Otmân, al escuchar esta conversación, creyó perder la razón.

- ¡Vaya, vaya, vaya; aún más cosejas! –se dijo para su colete-. Cuanto más me voy enterando, peor pinta tié to esto.

---

<sup>1</sup> Moneda de poco valor.

Además, al oír hablar de monedas de oro, decidió extirpar el mal de raíz; se plantó en medio del camino y les interpeló así:

- ¡Ah! ¡Salud sheij Toqetíq y sheij Taqtáq! ¡Buenos días, amigos!

- ¡Oh! Cien veces te damos a ti los buenos días, Flor de Truhanes –respondieron medio muertos de miedo.

- No temáis, amigos, porque me he arrepentío; no soy como era antes; ¿aónde estabais?

- ¡Piedad, Otmân!

- Pero bueno, si sólo os he hecho una pregunta, ¿es que eso está prohibío? ¿Estábais rezando responsos?

- No, no.

- Entonces... ¿andabais salmodiando o *rejuntando letras*<sup>1</sup> en casa alguien? ¿Qué es lo que andabais diciendo de unas moneas de oro?

- Otmân, estábamos en donde el cadí Yahya.

- ¿Y qué hacíais vosotros allí?

- Todos los días vamos a su tienda a beber jugo de regaliz, y luego nos da una moneda de oro a cada uno.

- ¡¿Estáis de coña?! ¿Un pobre piojoso que no tié un céntimo? Sé muy bien quien es.

*[Otmân, que siempre ha sentido cierta ojeriza contra los religiosos –“los enturbanados”<sup>2</sup> como él los llama- se apresta a hacerles sufrir a los dos pobres sheijs la misma suerte que a sus compadres. Pero Toqetíq, que no había nacido ayer, y sabía que los sueños, premonitorios o no, juegan un gran papel en esta historia, comienza, para intentar salir del paso, a contar un sueño a su agresor.]*

- ¿Cómo se llama el soldao? –preguntó Otmân.

- Baïbars –respondieron.

- Y las moneas ¿de qué bolsillo salen?

- ¡Del de Baïbars!

- ¿Y cuánto tiempo hace que dura este tejemaneje?

<sup>1</sup> Otmân, cuando se refiere a leer algo, lo llama “rejuntar las letras de un papel”

<sup>2</sup> “Entrubados”: por los enormes turbantes que llevaban los sheijs en esa época.

- Unos dos meses.

- ¡Vaya! ¡Ojalá y que se os lleve la peste! Ese soldao es mío. Si os quedáis con toas sus moneas d'oro, mañana él no tendrá ni un céntimo, y entonces yo tendré que mantenerle. Aflojad los cuartos ¡volando!

- Escucha, Otmân –dijo el sheij Toqetîq-, he soñado que iba a la tienda del cadí Yahya Ibn El-Shammâ' a beber jugo de regaliz y que a la vuelta tú me tendías una emboscada para despojarme de mi ropa, y que entonces yo gritaba a pleno pulmón: “¡A mí, emir Baïbars!”

- No grites tan fuerte, buen hombre –dijo Otmân-, el soldaito va a oírte y se va a creer que os estoy vaciando los bolsillos.

- Bueno, ¡ten un poco de paciencia!... y yo grité: “¿Dónde estás soldado Baïbars?”

Y siguió Toqetîq a voz y en grito:

- ¡A mí, emir Baïbars, Otmân me quiere robar la ropa!

Apenas había acabado de gritar, cuando Baïbars, ya estaba allí, al lado de todos ellos que se encontraban en calzoncillos.

- ¡Peazo bestia! –le dijo Otmân-, ¡me estás contando un sueño difícil de interpretar!

Mientras, los *fiqis* corrieron a refugiarse cerca de Baïbars.

- ¡Nos ponemos bajo tu protección, soldado!

- Pero ¿quién os ha dejado en ese estado?

- Otmân.

- ¿No te da vergüenza, Otmân?

- ¿Qué pasa, soldadito?

- ¿Por qué los has dejado así, sin ropa? ¡Creía que te habías arrepentido!

- Es por el precio el jugo de regaliz –dijo Otmân-, pa recuperar las moneas de oro.

- ¡Soy yo, el que se las ha dado de mi propia bolsa, y eso a ti no te concierne!

- Entonces, soldadito, ¿no soy tu hermano? Mi bolsa es la tuya, y to lo que sale de la tuya, es como si saliera de la mía.

- Hazme el favor de no mezclarte en estas cosas.



- ¡Dios es grande! Soldadito, no he hecho na malo; estos *fiqis*, son peor que una plaga langostas, y tú, tos los días les das jugo regaliz por na; sigue así, y pronto no te quedará ni un céntimo, soldadito, entonces estarás a mi cargo, y mi madre la Gorda, tendrá que trabajar pa alimentarte.

- ¡Venga, basta ya, déjales tranquilos!

- Ni hablar, soldao; no los soltaré hasta que no hayan pagao lo que deben. Por el Profeta, yo soy tu hermano, no me llesves la contraria.

- De acuerdo, a partir de hoy, no les volveré a dar nada.

- Por el Secreto de la Dama, la Purísima, no les pienso dejar, ni devolver su ropa hasta que no juren que no volverán más por aquí, ni a agarrar dinero; si no, me los cargo y les reviento los ojos.

- Déjanos marchar –le dijeron-, ¡por el Nombre del más grande! No volveremos nunca más en toda nuestra vida a este lugar, ni aceptaremos nada del cadí, ni del soldado, ni perlas que nos ofreciera.

- Vale, coged vuestra ropa, abrid bien los ojos, limpiaos bien las legañas; así... porque acabáis de jurar, y si yo os vuelvo a echar el ojo por aquí, os las tendréis que ver sólo conmigo.

FIN



Próximo episodio...

14 ~ La sorpresa del cadí Yahya